

La Sexualidad de las Moscas

ERROR

No creo que seas capaz de terminar
la historia de mi vida.

a 58°F y a 43% de humedad, es nula.

¿ Para qué seguir
intentándolo ?

Otra vez y otra vez y...
siempre igual .

Una vez bien
otra mal, mal.

¿Por qué seguir?
Espero abajo.

Bueno doctor, en realidad el odio de las mujeres hacia mí viene de lejos. Desde mi más tierna infancia ya tenía problemas con ellas. Recuerdo que en el colegio, en vez de perseguir a las chicas para levantarles la falda y meterles saltamontes en las bragas, como hacían todos los chicos de mi edad, tenía que pasarme todo el recreo corriendo para que ellas no me dieran collejas y se rieran de mí. Me sentía marginado doctor, las odiaba profundamente. Pero la gota que colmó el vaso para que me diera cuenta de lo malas que pueden llegar a ser, fue lo que me pasó en quinto curso con aquella chica de las coletas...

EL COCO
LOCO
DEL COCO
ESTÁ LOCO
COMO
KID LOCO

*Hoy he pensado que no existe nada bueno,
ni nada malo, sé que es algo estúpido, pero
fue lo primero que se me vino a la cabeza, y
la respuesta que encontré a esta pregunta
sin interrogantes es que algo es bueno o
malo... según el momento. ¿Estás de
acuerdo?*

Efraín
21-8-98

MUCHACHA CON COCHE

Piedra corrió ladera abajo y chocó con tronco de árbol. Tronco de árbol enrojeció y la muchacha pisó el freno alentada por su instinto de supervivencia. Con la frente sobre el volante echó a llorar y a llorar sin cesar. No tenía narices para atreverse a conducir por el aire. Sabía que gravemente caería, que quizás abajo le explotaría el motor y que volar de verdad, como hacen los pájaros, para un ser humano sólo es posible experimentarlo si uno después no espera contárselo a nadie.

A nadie.

La muchacha que había permitido que su mente volara todo lo que quisiera e inventara nuevos significados para sus dos palabras preferidas: sideral y espejismado, no se atrevió a volar de verdad, como un pájaro, porque después quería contárselo a alguien. A su ser complementario.

Al ser con el que compartía sin egoísmos, rencores ni venganzas, la cama. La muchacha que tanto amaba al muchacho que a su vez la amaba en igual medida, una medida inmensa como la inapresable superficie de siete mares, quería morir y no quería morir. Se arredaba. No sabía. Y no cesaba de mirar y de pensar y de buscar algo aún más ilimitado que el infinito amor, algo imposible.

Involuntariamente puso el culo en el asiento del coche, la llave introdujo para ponerlo en marcha y en marcha incesante rodaron las cuatro ruedas mientras sus ojos veían difuminarse el pasante paisaje que reinventaba. Convirtió una fachada en una montaña, el globo inflado y lleno de agua que un travieso arrojaba por una ventana en una piedra, un semáforo en el tronco de un árbol con una luz que al enrojecer decía estop, y lo que hubiera tras la esquina, en la gran cantidad de aire que tiene a su lado un mortal acantilado. De ella dependía caer o no caer, mantenerse en la superficie o atreverse a bajar a la lejana sala de inesperadas torturas. La ardua muchacha detuvo el coche y echó la frente sobre el volante mientras las ruedas detenidas casi se desinflaban de cansadas. El amor que anoche hizo en el lecho junto a su amado la llenó de un indescriptible miedo. A pesar de pertenecer a una generación que se hallaba sentada en los umbrales del siglo XXII, parecía su corazón extraído de una doncella medieval dotada de afortunadas heredades a las que renuncia con un airoso gesto de la mano mientras en secreto esconde el verdadero motivo de su acto. Por amor las doncellas enfermaban y enloquecían si éste estaba zurcido con honestos hilos de colorines, y también por amor la muchacha del siglo XXI encerrada en su coche deshizo en lágrimas sus atolondrados pensamientos hasta que por fin dejó de pensar y actuó. Cuando el semáforo dijo adelante, con un airoso gesto del pie la palanca apretó y las ruedas animadas la condujeron al acantilado imaginario. Por el abismo voló como un pájaro, sin poder contárselo a nadie